

LA CAPACIDAD DE DUDAR

JAIME LABASTIDA

Por 1959, pudo Adolfo Sánchez Vázquez dictar una cátedra, su primera cátedra, la de Estética, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Había muerto el titular de la materia y Sánchez Vázquez dedicó al examen de las ideas estéticas de Samuel Ramos, a modo de homenaje, el tema de su primera exposición universitaria. Hoy, Sánchez Vázquez es uno de los profesores fundamentales no sólo de la carrera de Filosofía en nuestro país, sino que, me atrevo a decirlo, uno de los profesores más importantes del México contemporáneo.

La mía fue una generación que se dedicó, casi por completo, a la docencia o la investigación filosófica: Hugo Padilla, Roberto Caso, Juliana González, José Luis Balcárcel, Graciela Hierro y veinte más que no puedo ahora mencionar por razones de espacio, se dedicaron al quehacer filosófico, aun cuando lo hayan combinado con otras actividades. Muchos de quienes ahora somos profesores en la Universidad escuchamos esa primera clase de Sánchez Vázquez y, desde entonces, nos convertimos en asistentes constantes de sus cursos.

Sin embargo, quiero decir que Sánchez Vázquez no ha creado discípulos, en el sentido directo del término. Su intención ha sido, más bien, la misma que estableció Antonio Machado por la boca de Juan de Mairena: aprender a desconfiar de “nosotros mismos”. Lo que caracteriza, pues, quizá por encima de otros rasgos, a la actividad teórica de Sánchez Vázquez es, precisamente, su capacidad para poner en duda, para someter a crítica, para profundizar en las fuentes, para exigir (y exigirse) rigor y sistema. Jamás el solazamiento en lo ya hecho, sino la inconformidad y, por lo mismo, la necesidad de exigir de los demás aquello que exige de sí: lo mejor de cada uno en la docencia y la investigación.

Quienes lo hemos seguido a lo largo de estos años en la cátedra,

la conferencia, el libro o las labores académico-administrativas, no nos hemos constituido, no podríamos constituirnos, en discípulos suyos. En el mejor de los casos, tal vez alguno de nosotros pudiera aspirar a los títulos de honradez intelectual, de disciplina académica, de vocación científica y revolucionaria, que caracterizan la actividad de Sánchez Vázquez. Lo anterior significa, por las mismas razones, que existen diferencias de enfoque, de apreciación, de interpretación y, por supuesto, de resultados, cuando nos ocupamos de los mismos o de semejantes problemas teóricos. Pero todas las discrepancias que alguien pueda tener ante la obra de este intelectual se dan, no podía menos que ser así, sobre la base del más alto respeto por su probidad intelectual.

La labor desplegada por Sánchez Vázquez se mueve en un terreno que nos es común: la interpretación y el uso del marxismo, a la luz y bajo las condiciones modernas de su desarrollo. Ya abordé problemas generales, como el de la praxis o específicos, como el de las ideas estéticas de Marx, el lenguaje plástico, el estructuralismo, la significación de Rousseau en México, en todos los casos, su obra tiene por eje, y por método, el marxismo.

Pero, necesito decirlo a plena voz, el marxismo de este filósofo no es el de un rumiante: no hace escolástica marxista. El carácter congruente de sus planteamientos se compagina, no podía ser menos, por supuesto, con la originalidad de sus planteamientos. Estos planteamientos, es necesario afirmarlo, pueden no ser siempre compartidos (por lo que a mí toca, en muchos casos no lo son), pero sí respetados y considerados, además, como el fruto de una meditación y una convicción profundas. Por lo tanto, dentro de este terreno en común existen semejanzas y diferencias. Personalmente, pienso que lo más importante está dado en el hecho de que su arranque teórico, la filosofía de la praxis, significa la fuente nutricia de nuestras mutuas concepciones del marxismo.

He querido señalar todo esto porque ha pasado casi inadvertido, fuera de los medios académicos, el hecho de que Sánchez Vázquez ha, como se dice, "fatigado" o "agobiado" las prensas con una serie de volúmenes importantes: una nueva edición corregida de *Filosofía de la praxis*, un volumen dedicado al examen de la filosofía althusseriana, publicado por Alianza, en Madrid y, por último, *Filosofía y eco-*

nomía en el joven Marx, libro del que hay que ocuparse despacio, que dirían los clásicos, aun si se tiene con él, como tengo, multitud de observaciones y discrepancias.

La devoción, el rigor, el sistema con que examina temáticamente el conjunto de la problemática que el joven Marx propone en los llamados *Manuscritos* de 1844 es ejemplar. Lo digo con independencia, insisto, de no compartir sus tesis centrales y de abrigar serias dudas respecto de la interpretación cardinal que lo anima. A mi juicio, habría hecho falta, y baste por hoy con este reparo, que Adolfo Sánchez Vázquez profundizara mucho más en el establecimiento de las relaciones entre los *Manuscritos* y *El capital*, por una parte, y, por otra, con Hegel y Feuerbach, a partir de una nueva interpretación de los textos de estos autores clave en la formación del pensamiento de Marx.

Es necesario que también fuera de las aulas universitarias se conozca el pensamiento de este español transterrado, que ha dado lo mejor, lo más lúcido de sí mismo a nuestro país.